COLECCIÓN SAUCE

EN EL NOMBRE DE JESÚS

Un nuevo modelo de responsable de la comunidad cristiana

Henri J. M. Nouwen

PPC

EN EL NOMBRE DE JESÚS

Un nuevo modelo de responsable de la comunidad Cristiana

Henri J. M. Nouwen

1.a edición: febrero 1994
2.a edición: febrero 1994
2.a edición: septiembre 1995
3.a edición: julio 1996
4.a edición: mayo 1997
5.a edición: julio 1998
6.a edición: julio 1999

Traducción: Emilio Ortega
Título original: In the Name of Jesus.
Reflections on Christian Leadership, 1993.
Diseño de cubierta: Estudio SM. Pablo Núñez
The Crossroad Publishing Company
PPC, Editorial y Distribuidora S.A.
C/ Enrique Jardiel Poncela, 4
28016 Madrid

ISBN: 84-288-1148-2
Depósito legal: M-15.059-1999
Preimpresión: Grafilia, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta SM C/Joaquín Turina, 39
28044 Madrid

A Murray McDonnell

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que me han ayudado para que este libro haya podido salir a la luz. Quiero expresar mi gratitud, de una manera especial, a Connie Ellis, por la ayuda que me prestó como secretaria; a Conrad Wieczorek, por su profesionalidad en la edición del manuscrito, y a Sue Mosteller, por los profundos comentarios que hizo sobre su contenido. También quiero dar las gracias a Bob Heller, presidente de Crossroad, que fue el primero que sugirió la publicación de este texto en forma de libro.

La respuesta más alentadora y vivificante a «En el nombre de Jesús» me llegó de Gordon Cosby y de Diana Chambers, de la Iglesia del Salvador, en Washington D.C. Me dijeron que su nueva Servant Leadership School está intentando formar líderes cristianos sobre la base de la visión expresada en estas páginas. La Servant Leadership School se ha propuesto crear un liderazgo cristiano en el que la vida de oración, la confesión y el perdón en el interior de la comunidad estén íntimamente unidos a la vida ministerial en los barrios más pobres urbanos.

La Servant Leadership School ofrece una oportunidad única para progresar en un camino espiritual donde la oración constante y la entrega al servicio de los demás puedan vivirse como dos cualidades inseparables de la llamada de Jesús.

Me es muy grato saber que cuanto se ha escrito aquí, ha encontrado expresión concreta en una nueva escuela de formación de discípulos de Cristo.

PRÓLOGO

Cuando mi amigo Murray McDonnell me visitó en la comunidad de Daybreak, cerca de Toronto, me preguntó si podría hablar sobre el liderazgo cristiano para el siglo veintiuno, con ocasión del decimoquinto aniversario del Centro para el Desarrollo Humano, en Washington D.C. Aunque había empezado hacía poco tiempo todavía mi trabajo como sacerdote en Daybreak, una de las comunidades de El Arca para disminuidos psíquicos, no quise decepcionar a Murray, quien, como presidente de la junta rectora del Centro para el Desarrollo Humano, había dedicado gran parte de su tiempo y energía a lograr su madurez. También conocía al padre Vincent Dwyer, su fundador. Me había causado siempre una gran admiración su entrega en el trabajo de ayudar a los sacerdotes, y a los diferentes ministerios cristianos, en la búsqueda de la integración perfecta de su vida emocional y espiritual. Por eso, mi respuesta fue afirmativa.

Pero, después de haber dado ese sí a la invitación, me di cuenta de que no era nada fácil ofrecer una perspectiva válida sobre el liderazgo cristiano para el siglo próximo. La mayoría de los oyentes iban a ser sacerdotes totalmente entregados al trabajo ministerial de formación de otros sacerdotes. ¿Qué iba a ser capaz de decir yo a personas dedicadas día y noche a pensar en el futuro del sacerdocio y del servicio ministerial en la Iglesia? También me preocupaba si me iba a ser posible mirar hacia adelante, más allá del final de este siglo, cuando siempre he pensado que nadie, en la década de los cincuenta, habría sido capaz de adivinar la situación de la mayoría de los sacerdotes en nuestros días. Pero cuanto más me decía a mí mismo «no puedo», más deseaba interiormente expresar con palabras mis ideas sobre el servicio ministerial y su evolución desde mi integración en la comunidad de Daybreak. Durante muchos años, he dado cursos sobre el servicio ministerial. En estos momentos, apartado de la enseñanza y sintiéndome llamado a ejercer mi ministerio sacerdotal entre disminuidos psíquicos y quienes les ayudan, me pregunto: ¿Cómo vivo ahora el día a día, después de haber hablado durante veinte años a jóvenes de ambos sexos que se preparaban para el servicio ministerial cristiano? ¿Qué pienso en estos momentos sobre mi propio ministerio, y hasta qué punto estas ideas influyen en mis palabras y en mis acciones diarias?

He llegado a la conclusión de que no debo preocuparme por el día de mañana, la semana próxima, el próximo año, o el siglo que viene. Cuanto más me esfuerce en ser honrado en lo que pienso, digo y hago ahora, más fácilmente se hará patente el impulso del Espíritu de Dios en mí, un impulso que me orienta hacia ese futuro. Dios es un Dios del presente, y se revela a los que intentan escuchar atentamente el presente en el que viven, para deducir los pasos que tienen que dar hacia el futuro. «No andéis preocupados por el día de mañana», dice Jesús, «que el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su propio afán». (Mt 6,34).

Movido por estos planteamientos, empecé a poner por escrito lo que sentía con mayor profundidad sobre mi vida actual, como sacerdote en Daybreak. Y, al mismo tiempo, intentaba discernir cuidadosamente qué es lo que podría decir, fruto de mis propias experiencias y puntos de vista, a sacerdotes, y a personas dedicadas al servicio ministerial, que viven en circunstancias muy diferentes a las mías. Este trabajo es el resultado de todo ello.

Pero, antes de concluir estas notas introductorias, debo deciros, lectores de este pequeño libro, que no fui a Washington D.C. yo solo. Cuando estaba preparando mi conferencia, me concienciéé profundamente de que Jesús no envió solos a sus discípulos a predicar al mundo. Los envió de dos en dos. Empecé a preguntarme por qué nadie había pensado en ir conmigo. Si mi vida presente se desarrollaba entre personas disminuidas, ¿por qué no pedir a una de ellas que me acompañara en el viaje y que compartiera conmigo mi servicio ministerial?

Tras algunas consultas, la comunidad de Daybreak decidió enviar conmigo a Bill Van Buren. Desde mi llegada a Daybreak, Bill y yo nos hicimos amigos. De todas las personas disminuidas de la casa, era la más capaz de expresarse por medio de palabras y gestos. Desde los inicios de nuestra amistad, había mostrado un gran interés por mi trabajo como sacerdote, y se había ofrecido para ayudarme en los servicios religiosos. Un día, me dijo que no había sido bautizado y expresó grandes deseos de pertenecer a la Iglesia. Le sugerí que siguiera en la parroquia los cursos organizados para los que querían recibir el Bautismo. Fue fielmente a la parroquia todos los jueves por la noche. Aunque las largas y, a menudo, complejas explicaciones estaban muy por encima de su capacidad mental, vivía profundamente la realidad de su pertenencia al grupo. Se sentía aceptado y querido. Recibía mucho y, generoso de corazón, daba mucho a cambio. El hecho de su Bautismo, Confirmación y Primera Comunión en la Vigilia Pascual se convirtió en un punto culminante de su vida. Aunque limitado en su capacidad para expresarse con muchas palabras, se sintió profundamente tocado en su interior por Jesús y supo lo que significaba volver a nacer por medio del agua y del Espíritu.

Muchas veces, le había dicho a Bill que los que han recibido el Bautismo y la Confirmación tienen una nueva vocación: la de anunciar a los demás la Buena Nueva de Jesús. Bill me había escuchado esto siempre con mucha atención y, por eso, cuando le invité a ir a Washington D.C., a hablar a sacerdotes y a personas dedicadas a servicios ministeriales, lo aceptó como una forma de ayudarme en mi ministerio. «Vamos a hacerlo juntos», me dijo en varias ocasiones los días anteriores a nuestra partida. «Sí», le aseguraba yo, «vamos a hacerlo juntos. Tú y yo vamos a ir a Washington a proclamar el Evangelio». Bill no dudó ni un instante en la verdad que encerraban esas palabras. Mientras yo estaba nervioso pensando en lo que tenía que decir y en cómo decirlo, Bill tenía una confianza absoluta en su misión. Y, mientras yo pensaba que el viaje de Bill iba a ser, fundamentalmente, algo agradable para él, Bill estaba convencido, desde el principio, de que lo hacía para ayudarme. Me di cuenta, luego, de que él estaba más en lo cierto que yo. Cuando subimos al avión en Toronto, me dijo de nuevo: «Vamos a hacerlo juntos, ¿verdad?» «Sí» le respondí, «claro que sí».

Después de explicaros lo que dije en Washington, os contaré más detalladamente lo que pasó allí y os explicaré hasta qué punto la presencia de Bill tuvo, probablemente, una influencia más decisiva y duradera que mis palabras.

INTRODUCCIÓN

La petición que se me hizo de presentar algunas reflexiones sobre el liderazgo cristiano para el próximo siglo me ha creado un estado de ansiedad interior. ¿Qué puedo decir yo sobre el siglo que viene, cuando, realmente, me siento perdido si alguien me pregunta algo sobre el próximo mes? Después de una fuerte lucha interior, decidí escuchar con la máxima atención lo que me dictaba el corazón. Me pregunté a mí mismo: «¿Qué decisiones has tomado últimamente, y hasta qué punto ellas han sido un reflejo de cómo intuyes el futuro?» De algún modo, tengo que confiar en que Dios trabaja en mi interior y en que el hecho de que yo haya sido impulsado hacia nuevas posiciones interiores y exteriores forma parte de un movimiento más amplio del que no soy más que una pequeñísima parte.

Después de veinte años en el mundo de la enseñanza, como profesor de psicología pastoral, de teología pastoral y de espiritualidad cristiana, empezaba a sentir una profunda amenaza interior. Cuando cumplí los cincuenta y me di cuenta de que era improbable que doblara esos años, me planteé abiertamente una sencilla pregunta: «¿Me ha acercado más a Jesús el hecho de haberme hecho más viejo?» Después de veinticinco años de sacerdocio, me encontré a mí mismo con un nivel de oración muy pobre, con una vida de alguna manera aislada de los demás, y muy preocupado por ciertas cuestiones de mi vida interior. Todos me decían que lo estaba haciendo muy bien, pero algo dentro de mí me decía que mi éxito estaba poniendo en peligro mi alma. Empecé a preguntarme si mi falta de oración contemplativa, mi soledad y mis constantes cambios ante lo que me parecía más urgente eran pruebas de que el Espíritu estaba siendo acallado en mí gradualmente. Me resultaba difícil ver claro y, aunque nunca hablaba del infierno o solamente lo hacía en tono de broma, me desperté un día con el convencimiento de que estaba viviendo en un lugar tenebroso y de que el término «extinción» era el más apropiado, en el lenguaje de la psicología, para expresar la muerte espiritual.

En esta situación, empecé a orar: «Señor, muéstrame adónde quieres que vaya y te seguiré. Pero háblame con claridad, sin ambigüedades». Y Dios me respondió. Sirviéndose de Jean Vanier, fundador de las comunidades de El Arca para disminuidos psíquicos, Dios me dijo: «Vete y vive entre los pobres de espíritu, y ellos te curarán». La llamada fue tan clara, tan inconfundible, que no tuve más remedio que obedecerla. Por eso dejé Harvard y me fui a El Arca. Pasé de un ámbito que representaba la elite y el éxito, con aspiraciones a dirigir el mundo, al reducto de hombres y mujeres que casi no tienen palabras y que están considerados al margen de las aspiraciones de nuestra sociedad. Fue un cambio duro y penoso, y sigo aún en vías de asumirlo. Después de treinta años de ir donde quería y de hablar sobre lo que me apetecía, la vida humilde, oculta, con personas cuyos cuerpos y mentes destrozados exigen una rutina diaria en la que las palabras tienen un valor mínimo, no parecía ser la solución inmediata a mi vacío espiritual. Pero, realmente, mi nueva vida en El Arca me está ofreciendo palabras nuevas a la hora de hablar del liderazgo cristiano en el futuro, porque he encontrado aquí todos los retos a los que se enfrentan los ministros de la Palabra de Dios.

Así pues, quisiera ofreceros algunas secuencias de mi vida con disminuidos psíquicos. Espero que os aporten indicios del camino que ha de seguirse cuando os interroguéis sobre el liderazgo cristiano del futuro. Compartiré mis reflexiones con vosotros al hilo de dos relatos evangélicos: el de las tentaciones

de Jesús en el desierto (Mt 4,1-11) y el de la llamada de Jesús a Pedro para ser el pastor de su rebaño (Jn 21,15-19).

I

DEL “SENTIRSE IMPORTANTE” A LA ORACIÓN

La tentación: Sentirse importante

Lo primero que me impactó cuando empecé a vivir con disminuidos psíquicos fue que lo que a ellos les gustaba o les desagradaba no tenía absolutamente nada que ver con las cosas «útiles» que yo había hecho hasta entonces. Como estaban incapacitados para leer mis libros, no podían impresionarles. Y, como la mayoría nunca había asistido a ninguna escuela, mis veinte años en Notre Dame, Yale y Harvard nada significaban para ellos como carta de presentación de mi persona. Mi experiencia importante en el mundo del ecumenismo era, evidentemente, un dato de menor valor todavía. Cuando, durante la cena, ofrecí carne a uno de los auxiliares, uno de los disminuidos me dijo: «No le des carne. No la come. Es presbiteriano».

Me angustiaba el hecho de no poder utilizar las capacidades y técnicas que me habían sido tan útiles a lo largo de mi vida. De repente, tuve que enfrentarme con mi realidad íntima, desnuda, abierta a aceptaciones y rechazos, abrazos y golpes, sonrisas y lágrimas, dependiendo, simplemente, de cómo era percibido por ellos en cada momento. En cierta forma, me pareció que mi vida empezaba, de nuevo, desde cero. Amistades, relaciones, fama, nada de eso tenía importancia alguna a partir de aquel momento.

Esta experiencia fue, y sigue siendo, en muchos sentidos, la más importante de mi nueva vida, porque me obligó a descubrir mi verdadera identidad. Estas personas rotas, heridas y sin pretensión alguna, me obligarón a desprenderme de mi ego, al que daba tanta importancia —el ego capaz de hacer cosas, mostrarlas, demostrarlas, construirlas—, y me obligaron a recuperar mi otro ego, el desnudo, en el que soy completamente vulnerable, abierto a recibir y a ofrecer amor, sin tener en cuenta ningún tipo de logros.

Os digo todo esto porque estoy profundamente convencido de que el líder cristiano del futuro está llamado a ser alguien completamente irrelevante, y a presentarse ante el mundo ofreciendo, solamente, su persona, por entero vulnerable. Así es como Jesús vino a revelarnos el amor de Dios. El gran mensaje que debemos ofrecer, como servidores de la Palabra de Dios y discípulos de Jesús, es que Dios nos ama, no por lo que hacemos o logramos, sino porque Dios nos ha creado y redimido por amor, y nos ha escogido para proclamar ese amor como la verdadera fuente de toda vida humana.

La primera tentación de Jesús fue la de sentirse importante, convirtiendo las piedras en panes. ¡Cuántas veces he deseado poder hacerlo! Paseando por los barrios jóvenes de las afueras de Lima, donde los niños mueren de malnutrición y de enfermedades por beber agua contaminada, me hubiera costado mucho renunciar a la capacidad de convertir las calles sucias, pedregosas, en lugares en los que las personas pudieran, en un momento dado, levantar del suelo una de las miles de piedras que allí existen, para descubrir que eran croissants, pasteles u hogazas de pan recién horneado, y donde, al llenar el cuenco de sus manos con el agua contaminada de las cisternas, descubrieran con alegría que estaban bebiendo leche deliciosa.

¿No estamos llamados nosotros, los sacerdotes y los servidores de Dios, a ayudar a las personas, a alimentar a los hambrientos, a salvar a los que mueren de inanición? ¿No estamos llamados a que las personas se den cuenta de que nosotros podemos contribuir a hacer de sus vidas algo diferente? ¿No estamos llamados a curar a los enfermos, a alimentar a los hambrientos, a aliviar los sufrimientos del pobre? A Jesús se le plantearon las mismas preguntas, pero, cuando se le quiso forzar a probar su poder de Hijo de Dios por.el hecho deslumbrante de convertir las piedras en panes, se aferró a su misión de proclamar la Palabra y dijo: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

Una de las principales fuentes de sufrimiento en la vida ministerial es una baja autoestima. Muchos sacerdotes y servidores de la Palabra de Dios se ven hoy, cada vez más, a sí mismos, como personas con muy poca capacidad de efecto. Trabajan muchísimo, pero no ven que las cosas cambien. Parece como que sus esfuerzos no obtienen ningún fruto.

Se enfrentan a una participación cada vez menor en los actos de culto y descubren que, con frecuencia, las personas confían más en psicólogos, psicoterapeutas, consejeros matrimoniales y médicos que en ellos. Una de las constataciones más penosas para muchos líderes cristianos es la de que cada vez menos jóvenes se sienten atraídos a seguir sus pasos. Parece que, en nuestro tiempo, el sacerdocio, o cualquier otro tipo de dedicación al servicio ministerial, es algo a lo que no vale la pena dedicar la vida. En la Iglesia actual, se están dando, a la vez, un sentimiento de insatisfacción generalizada y un estado de ánimo que nos lleva a criticar todo. ¿Quién puede vivir mucho tiempo en este clima sin correr el peligro de caer en la depresión? Nuestro mundo secular nos dice a voz en grito: «Podemos cuidarnos nosotros mismos. No necesitamos de Dios, ni de la Iglesia, ni de un sacerdote. Tenemos el control. Y cuando no es así, es que tenemos que trabajar más para conseguirlo.

El problema —piensan muchos— no es la falta de fe, sino la falta de competencia. Si caes enfermo, necesitas un médico competente; si eres pobre, debes recurrir a políticos competentes; si surgen problemas de orden técnico, los solucionarán ingenieros competentes; si hay guerras, las remediarán unos negociadores competentes. Durante siglos, nos hemos servido de Dios, de la Iglesia y de sus ministros para realizar las tareas que no eran competencia de nadie. Pero, hoy, esos vacíos se llenan con otros medios, y no necesitamos ya respuestas de tipo espiritual a preguntas de orden práctico».

En este clima de secularización, los líderes cristianos sienten que juegan un papel cada vez menos importante, cada vez más marginal. Muchos empiezan a preguntarse para qué seguir en el servicio ministerial. A menudo, lo abandonan, se preparan para ocupar otros puestos de trabajo y se unen a sus contemporáneos en el intento de contribuir, de manera más eficaz, a la creación de un mundo mejor.

Pero hay otra historia bien distinta. Bajo los grandes logros de nuestro tiempo, existe una corriente profunda de desesperación. Al mismo tiempo que la eficacia y el dominio de la realidad son las grandes aspiraciones de nuestra sociedad, el sentimiento de soledad, el aislamiento, la falta de amistad e intimidad, las relaciones rotas, el aburrimiento, los sentimientos de vacío y depresión, y un sentimiento profundo de inutilidad llenan los corazones de millones de personas en nuestro mundo, totalmente orientado hacia el éxito.

La novela de Bret Easton Ellis, Menos que cero, describe, de la manera más gráfica, la pobreza moral y espiritual que se da tras la fachada de riqueza, éxito, popularidad y poder de nuestro tiempo. En dramático staccato, describe la vida de sexo, drogas y violencia entre los jóvenes menores de veinte años, hijos e hijas de los artistas de Los Ángeles. Y el grito que se levanta tras toda esa decadencia es claro: «¿Hay alguien que me ame? ¿Hay alguien a quien yo le importe verdaderamente? ¿Hay alguien que quiera quedarse conmigo? ¿Hay alguien que quiera estar a mi lado cuando pierda el control de mí mismo, cuando sienta ganas de llorar? ¿Hay alguien que quiera apoyarme y hacerme sentir que pertenezco a algo o a alguien? Sentirse un ser sin importancia es una experiencia más general de lo que pensamos cuando miramos este mundo que aparenta ser tan autosuficiente. La tecnología médica y el trágico aumento de los abortos pueden rebajar radicalmente el número de disminuidos psíquicos en nuestra sociedad, pero es cada día mayor el número de personas que sufren profundas minusvalías morales y espirituales, sin tener idea alguna de dónde encontrar curación.

Aquí es donde se ve muy claro el nuevo sentido del liderazgo cristiano. Hay necesidad de que el líder del futuro sea quien se atreva a proclamar su irrelevancia, en el mundo contemporáneo, como una vocación divina que le permita entrar en profunda solidaridad con la angustia que sub- yace en el brillo del éxito, y llevar hasta allí la luz de Jesús.

LA PREGUNTA: «¿ME AMAS?»

Antes de encomendar Jesús a Pedro la misión de apacentar su rebaño, le preguntó: «Simón, hijo de Juan, me amas más que estos?» Le preguntó por segunda vez: «¿Me amas?». Y volvió a preguntarle, por tercera vez: «¿Me amas?». Debemos escuchar esta pregunta como algo clave en nuestro servicio ministerial cristiano. Es la pregunta que puede permitir que nos sintamos irrelevantes y, al mismo tiempo, darnos confianza en nosotros mismos.

Fijémonos en Jesús. El mundo no le prestó atención alguna. Fue crucificado, eliminado. Su mensaje de amor fue rechazado por un mundo en busca de poder, eficacia y dominio. Pero vedlo apareciéndose, con las heridas en su cuerpo glorioso, a unos pocos amigos que tuvieron ojos para ver, oídos para escuchar y corazones para comprender. Este Jesús rechazado, desconocido, herido, preguntó simplemente: «¿Me amas, me amas de verdad?» Aquel cuya meta única fue anunciar el amor incondicional de Dios no hizo más que una pregunta: «¿Me amas?»

Las preguntas no son: ¿Cuántas personas te toman en serio? ¿Qué metas te propones alcanzar? ¿Puedes presentar resultados concretos? Sino: ¿Amas a Jesús? Quizá otra manera de hacer la pregunta sería: ¿Conoces a Dios encarnado? En nuestro mundo, lleno de soledad y desesperación, hay una enorme necesidad de hombres y mujeres que conozcan el corazón de Dios, un corazón que perdona, que ama, que sale a nuestro encuentro y quiere curarnos. En este corazón no hay lugar para el recelo, ni la venganza, ni el resentimiento, ni el mínimo matiz de odio. Es un corazón que únicamente quiere dar amor y recibirlo como respuesta. Es un corazón que sufre inmensamente porque ve la enormidad del sufrimiento humano y la gran resistencia a confiar en el corazón de Dios, que quiere ofrecer consuelo y esperanza.

El líder cristiano del futuro es el que conoce verdaderamente el corazón de Dios hecho carne, «un corazón de carne», en Jesús. Conocer el conocer el corazón de Dios significa, pues, de una forma radical y concreta, anunciar y revelar que Dios es amor y sólo amor, y que siempre que el miedo, la soledad y la desesperación empiezan a invadir el alma humana, se está produciendo algo que nunca viene de Dios. Esto parece algo muy sencillo, quizá hasta trivial, pero muy pocas personas conocen que son amadas sin condición alguna, sin límites. Este amor incondicional y sin límites es lo que san Juan llama el amor primero de Dios. «Nosotros debemos amarnos», dice, «porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19). El amor que a menudo nos deja llenos de dudas, frustrados, enfadados y resentidos es el segundo amor, es decir, la afirmación, el afecto, la simpatía, el aliento y el apoyo que recibimos de nuestros padres, profesores, cónyuges y amigos. Todos sabemos hasta qué punto este amor es limitado, fraccionado y muy frágil. Tras muchas de las expresiones de este segundo amor, hay siempre la posibilidad del rechazo, de la traición, del castigo, del chantaje, de la violencia e, incluso, del odio. Muchas películas y obras de teatro de nuestros días nos pintan las ambigüedades y ambivalencias de las relaciones humanas. Y no hay amistades, matrimonios o comunidades en los que las tensiones y el estrés de este segundo amor no se hagan profundamente presentes de alguna manera. A menudo, tras situaciones aparentemente agradables, tras las sonrisas de la vida diaria, hay muchas heridas abiertas que llevan nombres como desamparo, traición, rechazo, ruptura y pérdida. Todas ellas forman la cara sombría del segundo amor y revelan la oscuridad que nunca abandona por completo el corazón del hombre.

La radicalidad de la Buena Nueva es que este segundo amor es solamente un reflejo desfigurado del primer amor, que es el que Dios nos ofrece y en el que no hay sombra alguna. El corazón de Jesús es la encarnación del primer amor de Dios, libre de toda sombra. De su corazón, brotan manantiales de agua viva. Clama a voz en grito: «Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba» (Jn 7,37). «Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas» (Mt 11,28-29).

De este corazón, brotan las palabras: «¿Me amas?» Conocer el corazón de Jesús y amarlo son equivalentes. El conocimiento del corazón de Jesús es el conocimiento del corazón por antonomasia. Si vivimos en este mundo, imbuidos de este conocimiento, seremos, necesariamente, portadores de curación, reconciliación, nueva vida y esperanza a cualquier lugar al que vayamos. El deseo de ser importantes y de tener éxito desaparecerá gradualmente, y nuestra única aspiración será decir con toda el alma a nuestros hermanos y hermanas: «Tú formaste mis entrañas, me tejiste en el vientre de mi madre» (Sal 139,13).

LA PRÁCTICA: LA ORACIÓN CONTEMPLATIVA

Para vivir una vida que no esté dominada por el deseo de sentirse importante, sino anclada firmemente en el conocimiento del primer amor de Dios, tenemos que ser místicos. Místico es una persona cuya identidad está profundamente enraizada en el amor primero de Dios.

Si hay algún eje central que vaya a necesitar el líder cristiano del día de mañana, es el de vivir constantemente en la presencia del Uno que no deja de preguntarnos: «¿Me amas?» «¿Me amas?» «¿Me amas?». Es la práctica de la oración contemplativa. Por medio de esta oración, podemos evitar sentirnos arrastrados de un asunto urgente a otro y ser unos extraños a nuestro propio corazón y al de Dios. La

oración contemplativa nos hace sentirnos, constantemente, como en casa, enraizados y a salvo, incluso hasta cuando estamos de camino de un sitio a otro y, a menudo, rodeados por sonidos de violencia y de guerra. La oración contemplativa nos ayuda a profundizar en el conocimiento de que ya somos libres, de que hemos encontrado un lugar en el que permanecer, de que ya pertenecemos a Dios; incluso cuando todo y todos a nuestro alrededor parecen sugerirnos lo contrario.

A los sacerdotes y a cuantos se dediquen al servicio ministerial en el futuro no les bastará con ser personas honradas, bien preparadas, deseosas de ayudar a sus hermanos, los hombres, y capaces de responder con creatividad a los problemas candentes de nuestro tiempo. Todo eso es muy valioso e importante, pero no es lo esencial del liderazgo cristiano. La pregunta central es: ¿los líderes del futuro son verdaderos hombres y mujeres de Dios, personas que experimentan el deseo ardiente de vivir en la presencia de Dios, de escuchar la voz de Dios, de mirar la belleza de Dios, de estar en contacto con la Palabra encarnada de Dios y de saborear plenamente la infinita bondad de Dios?

El sentido primero de la palabra «teología» es el de «unión con Dios en la oración». Hoy, la teología se ha convertido en una materia académica más y, a menudo, los teólogos advierten que les es difícil orar. Pero para el futuro del liderazgo cristiano es de vital importancia el aspecto místico de la teología, de tal manera que cuanto se diga, todo consejo que se dé y toda estrategia que se desarrolle procedan de un corazón que conoce íntimamente a Dios. Tengo la impresión de que muchos de los debates internos de la Iglesia sobre problemas como el papado, la ordenación de las mujeres, el matrimonio de los sacerdotes, la homosexualidad, el control de la natalidad, el aborto y la eutanasia se plantean, en primer lugar, desde un punto de vista moral. Así, las. Diferentes partes discuten agriamente sobre si están bien o no. Pero esta discusión queda fuera de la experiencia del primer amor de Dios que subyace en toda relación humana. Palabras como de derechas, reaccionario, conservador, liberal y de izquierdas son usadas para juzgar las opiniones de las personas, y, así, muchas discusiones parecen más batallas políticas por el poder que una búsqueda espiritual de la verdad.

Los líderes cristianos no pueden ser simplemente personas con opiniones bien formadas sobre los problemas candentes de nuestro tiempo. Su liderazgo debe enraizarse en la amistad permanente, íntima, con la Palabra encarnada, Jesús, y necesitan encontrar ahí la fuente de sus palabras, consejos y orientaciones. Por medio de la práctica de la oración contemplativa, los líderes cristianos deben aprender a escuchar una y mil veces la voz del amor, a encontrar allí la fuente de la sabiduría y del valor para orientar cualquier problema que se les plantee. Tratar sobre problemas importantes sin estar enraizado en una profunda relación personal con Dios conduce fácilmente a la división porque, antes de darnos cuenta, el ego se siente implicado en la opinión sobre cualquier tema. Pero cuando estamos firmemente arraigados en una intimidad personal con la fuente de la vida, podemos ser flexibles sin caer en el relativismo, firmes en nuestros planteamientos sin ser rígidos, espontáneos en el diálogo sin llegar a ser ofensivos, corteses y generosos a la hora del perdón sin ser excesivamente blandos, y verdaderos testigos sin convertirnos en manipuladores.

Para que el liderazgo cristiano sea verdaderamente fructífero en el futuro, se requiere un giro desde la moral a la mística.

II
De la popularidad al servicio ministerial

LA TENTACIÓN: SER ESPECTACULAR

Voy a hablaros de otra experiencia personal, fruto de mi traslado de Harvard a El Arca. Fue la de compartir el servicio ministerial. Fui educado en el seminario de forma que concebí el ministerio como algo esencialmente individual. Tenía que estar bien preparado y bien formado; después de seis años de preparación y formación, se me consideró capacitado para predicar, administrar los sacramentos, aconsejar y dirigir una parroquia. Se me hizo sentir como un hombre al que se le envía a recorrer un largo camino, con una mochila a la espalda, provistos de todo lo necesario para ayudar a las personas con las que va a encontrarse en el camino. Las preguntas tenían respuestas, los problemas, soluciones y para las penas había sus medicinas correspondientes. Lo único que hacía falta era saber con cuál de los tres campos se estaba trabajando en cada caso. Al cabo de los años, me di cuenta de que las cosas no eran tan sencillas. Pero mi visión individualista del sacerdocio no cambió. Cuando me convertí en profesor, me sentí todavía más empujado a hacer las cosas a mi manera. Podía escoger mi temario, mi propio método y, a veces, incluso, hasta los alumnos. Nadie me cuestionaba mi manera de hacer las cosas. Y, cuando terminaba la clase, era completamente libre de hacer lo que quería. iAl fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho a su vida privada!

Pero, cuando llegué a El Arca, este individualismo fue puesto en tela de juicio. Aquí era uno más entre los muchos que intentaban llevar una vida totalmente integrada con la de los disminuidos. Y el hecho de ser sacerdote no me daba licencia para hacer las cosas a mi manera. Todo el mundo quería saber mi paradero durante todas las horas del día. Y todos mis movimientos eran supervisados. Se me asignó un miembro de la comunidad para que me acompañara; se formó un pequeño grupo para ayudarme a decidir qué invitaciones debia áceptar o rechazar; y la pregunta que, con más frecuencia, me hacían las personas disminuidas con las que vivía era: «¿Vas a volver a casa esta noche?» En una ocasión en la que salí de viaje sin despedirme de Trevor, uno de los disminuidos con los que vivo, la primera llamada telefónica que recibí al llegar a mi destino fue la suya, preguntándome, con una voz temblorosa por el llanto: «Henri, ¿por qué nos has abandonado? Te echamos mucho en falta. Por favor, vuelve».

Al vivir con una comunidad formada por personas profundamente heridas, he llegado a la conclusión de que había estado viviendo la mayor parte del tiempo como un funambulista, que se pasea arriesgadamente, apoyando sus pies en un cable muy fino, colocado allá arriba, muy alto, intentando ir de una torre a otra, siempre en espera del aplauso, en el caso de no caerse o romperse una pierna.

Precisamente, la segunda tentación de Jesús fue la de hacer algo espectacular, algo que podía haberle hecho arrancar del público un fuerte aplauso: «Arrójate desde el alero del templo y deja que los ángeles te recojan y te lleven en sus brazos». Pero Jesús rechazó convertirse en un acróbata. No vino para demostrar a los demás lo que era. No vino para andar sobre carbones encendidos, tragar fuego o poner su mano en la boca de un león para demostrar que tenía algo importante que decir. «No tentarás al Señor tu Dios», dijo.

Cuando miráis a la Iglesia de hoy, fácilmente véis en ella el predominio del individualismo entre los sacerdotes y las demás personas dedicadas al servicio ministerial. Son pocos los que, de entre nosotros, tienen un repertorio de habilidades de las que estar orgullosos. Pero la mayoría de nosotros siente que, si tiene que demostrar algo, debe hacerlo él solo. Podéis asegurar que la ma yoría de nosotros nos sentimos funambulistas fracasados después de haber descubierto que no teníamos poder de convocatoria de miles

de personas, que no éramos capaces de conseguir muchas conversiones, que no teníamos talento para inventar brillantes funciones litúrgicas, que no resultábamos tan populares entre los jóvenes, los adolescentes, o los ancianos, como habíamos pensado y que no teníamos capacidad de responder a las necesidades de nuestra gente, según habíamos esperado. Pero la mayoría todavía seguimos pensando que, idealmente, deberíamos haber sido capaces de hacer todo eso y de haberlo hecho con éxito. El deseo de fama y el heroísmo individual, aspectos tan evidentes de nuestra sociedad competitiva, no son del todo ajenos a la Iglesia. También en ella predomina la imagen del hombre o de la mujer que se han hecho a sí mismos, y que son capaces de hacer todo ellos solos.

LA TAREA: «APACIENTA MI REBAÑO»

Después de haber preguntado tres veces a Pedro: «¿Me amas?», Jesús dice: «Apacienta mis corderos, cuida de mis ovejas, aliméntalas». Una vez seguro del amor de Pedro, Jesús le confía el trabajo ministerial. En el contexto de nuestra propia cultura, podríamos entender esto de forma muy individualista, como si Pedro hubiera sido enviado, en aquel momento, a una misión heroica. Pero Jesús, cuando habla de pastorear, no quiere que pensemos en un pastor valiente, solitario, que cuida de un gran rebaño de ovejas obedientes. Da a entender, de muchas maneras, que el ministerio es una experiencia comunitaria y mutua.

En primer lugar, Jesús envía a los doce de dos en dos (Mc 6,7). No podemos olvidar este hecho. No podemos llevar la Buena Nueva por nuestra cuenta. Hemos sido llamados a proclamar el Evangelio juntos, en comunidad. Aquí se deja ver claramente la sabiduría divina. «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, la obtendrán de mi Padre celestial. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,19-20). Seguramente, habréis descubierto por vosotros mismos que es radicalmente diferente viajar solo a hacerlo en compañía. He comprobado muchas veces lo difícil que me resulta ser fiel a Jesús cuando estoy solo. Necesito a mis hermanas y hermanos para que recen conmigo, para que hablen conmigo sobre la misión espiritual que llevamos entre manos, y para exigirme permanecer limpio de mente, de corazón y de cuerpo. Pero hay algo mucho más importante: es Jesús quien cura, no yo; es Jesús quien dice las palabras de la verdad, no yo; Jesús es el Señor, no yo. Esto se hace patente cuando proclamamos juntos el divino poder redentor. Evidentemente, cuando trabajamos juntos en un servicio ministerial, les resulta más fácil a las personas darse cuenta de que no vamos en nuestro propio nombre, sino en nombre del Señor Jesús que nos ha enviado.

Antes, viajaba mucho. Predicaba, dirigía ejercicios espirituales, daba lecciones magistrales y conferencias orientadoras sobre temas trascendentales. Pero siempre iba solo. Ahora, siempre que soy enviado por la comunidad para hablar, adonde sea, la misma comunidad hace lo posible para que alguien vaya conmigo. El hecho de estar aquí con Bill es expresión concreta de la visión de que no solamente debemos vivir en comunidad, sino ejercer nuestro ministerio en comunidad. Bill y yo hemos sido enviados a vosotros por nuestra comunidad con la convicción de que el mismo Señor que nos ha unido en el amor se nos revelará a nosotros y a otros, si hacemos el camino juntos.

Pero hay todavía más. El ministerio no es sólo una experiencia comunitaria; es, también, una experiencia mutua. Jesús, hablando de su ministerio pastoral, dice: «Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y

ellas me conocen a mí, lo mismo que mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él. Y yo doy mi vida por las ovejas». (Jn 10,1415). Jesús quiere que ejerzamos nuestro ministerio como lo hizo El. Quiere que Pedro apaciente sus ovejas y que las cuide, no como los «profesionales», que conocen los problemas de sus clientes y los cuidan, sino como hermanos y hermanas vulnerables, que conocen y son conocidos, que cuidan y, a su vez, son cuidados, que perdonan y son perdonados, que aman y son amados. De algún modo, en el mundo actual, hemos llegado al convencimiento de que el liderazgo exige poner una cierta distancia respecto de aquellos a los que se está llamado a guiar. La medicina, la psiquiatría y el trabajo social, todos, nos ofrecen unos modelos en los que el servicio se da en una sola dirección. Uno sirve, y el otro es servido, y ¡cuidado con confundir los papeles! Pero ¿cómo va alguien a entregar su vida por aquellos con los que no se le permite ni siquiera entrar en una relación personal de amistad? Entregar tu vida significa hacer accesible a los demás tu propia fe y tus dudas, tu esperanza y tu desesperación, tu gozo y tu tristeza, tu valor y tu miedo, como caminos para entrar en contacto con la vida del Señor.

No somos los que curamos, los que reconciliamos, los que damos la vida. Somos personas pecadoras, quebradas, vulnerables, que necesitan tantos cuidados como aquellos a quienes cuidamos. El misterio del servicio ministerial es que hemos sido escogidos para hacer de nuestro amor, limitado y muy condicionado, la puerta de entrada para el amor ilimitado e incondicional de Dios. Por eso, el verdadero ministerio debe ser mutuo. Cuando los miembros de una comunidad de fe no pueden conocer realmente y amar a su pastor, el pastoreo se convierte rápidamente en una forma sutil de ejercicio de poder, y empiezan a hacerse notar rasgos autoritarios, dictatoriales. El mundo en que vivimos —el mundo de la eficacia y el dominio— no tiene modelos que ofrecer a los que quieren ser pastores, de la forma en la que lo fue Jesús. Incluso las llamadas «profesiones de ayuda», han sido secularizadas hasta tal punto, que la influencia mutua no puede ser vista más que como una debilidad y una forma peligrosa de confusión de papeles. El liderazgo del que nos habla Jesús es radicalmente distinto del que nos ofrece el mundo. Es un liderazgo de servicio, usando el término de Robert Greenleaf * en el que el líder es un servidor vulnerable, que necesita de las personas, tanto como las personas necesitan de él.

Pienso que está claro que la Iglesia del mañana necesita un nuevo tipo de liderazgo, un liderazgo que no tiene nada que ver con el juego de poderes del mundo, sino con la imagen del líder servidor, Jesús, que vino a dar su vida por la salvación de muchos.

La práctica: La confesión y el perdón

Después de todo lo que hemos dicho, nos enfrentamos a una pregunta: ¿Qué ejercicio, qué práctica necesita el líder del futuro para superar la tentación del heroísmo individual? Yo os propongo la práctica de la confesión y el perdón. Igual que los líderes del futuro, deben estar fuertemente anclados en la oración contemplativa, deben ser personas dispuestas siempre a confesar su fragilidad y a pedir perdón a los que ofrece sus servicios ministeriales.

La confesión y el perdón son las formas concretas por las que nosotros, pecadores, nos amamos mutuamente. A menudo, tengo la impresión de que los sacerdotes y demás ministros forman parte del grupo de cristianos que menos se confiesa. El sacramento de la confesión se ha convertido con frecuencia en un medio de ocultar a la comunidad nuestra hechura vulnerable. Se hace mención de los pecados, se pronuncian las palabras rituales del perdón, pero rara vez se da el auténtico encuentro en el

que se experimenta la presencia de Jesús que reconcilia y que cura. Hay tanto miedo, existe tal distanciamiento, tanta generalización, tan poca escucha real, tan pocas palabras reales, tan poco realismo en la absolución, que no se puede esperar que se dé en profundidad la realidad sacramental. ¿Cómo pueden los sacerdotes y las demás personas entregadas a los servicios ministeriales sentirse realmente amados y cuidados cuando tienen que ocultar sus propios pecados y faltas a las personas con las que se relacionan ministerialmente, y tienen que buscar a una persona extraña a la comunidad para recibir un poco de consuelo y alivio? ¿Cómo pueden las personas cuidar verdaderamente de sus pastores y ayudarles a que se mantengan fieles a su misión sagrada, cuando no los conocen y, por eso, no pueden amarlos profundamente? No me sorprende, en absoluto, que tantos sacerdotes y personas entregadas al servicio ministerial sufran una profunda soledad emocional, que frecuentemente sientan una gran necesidad de afecto y de intimidad, y que muchas veces experimenten un sentido profundo de culpabilidad y de vergüenza frente a su propia gente. A menudo, parecen preguntarse: «¿Qué pasaría si la comunidad de la que soy responsable conociera lo que estoy viviendo interiormente, lo que pienso y sueño, y adónde se me escapa la mente cuando me siento a la mesa de trabajo?» Son precisamente los hombres y mujeres dedicados al liderazgo espiritual los que se ven fácilmente enfrentados a la más cruda carnalidad. Y la razón de esto es que no conocen cómo vivir la verdad de la Encarnación. Se aíslan de su propia comunidad, intentan arreglar el mundo de sus propias necesidades, ignorándolas o satisfaciéndolas en lugares lejanos y anónimos. Y, así, experimentan una creciente separación entre su mundo interior más íntimo y la Buena Nueva que anuncian. Cuando la espiritualidad se hace espiritualización, la vida del cuerpo se convierte en carnalidad. Cuando los servidores ministeriales y los sacerdotes viven su ministerio mayormente en sus mentes, y se relacionan con el Evangelio como si se tratara de un conjunto de ideas valiosas que tienen que ser anunciadas, el cuerpo toma la revancha exigiendo a voz en grito afecto e intimidad. Los líderes cristianos están llamados a vivir la Encarnación, es decir, a vivir en el cuerpo, no solamente en sus propios cuerpos, sino también en el cuerpo de la comunidad como realidad corporativa, y a descubrir ahí la presencia del Espíritu Santo.

La confesión y el perdón son, precisamente, las disciplinas por medio de las cuales la espiritualización y la carnalidad pueden ser evitadas para vivir la verdadera Encarnación. Por medio de la confesión, los oscuros poderes son arrancados de su propio aislamiento carnal, conducidos hacia la luz, y hechos visibles a la comunidad. Por medio del perdón, son desarmados, desvanecidos, y se hace posible una nueva integración entre cuerpo y espíritu.

Todo esto puede parecer muy ajeno de la realidad, pero cualquiera que tenga experiencia de haber trabajado con comunidades terapéuticas, como los Alcohólicos Anónimos o los Hijos de Alcohólicos, habrá experimentado el poder curativo de esta práctica. Muchos, muchos cristianos, incluyendo en este grupo a sacerdotes y personas entregadas al servicio ministerial, han descubierto el significado profundo de la Encarnación, no en sus iglesias, sino en las doce etapas de curación de los Alcohólicos Anónimos, o de los Hijos de Alcohólicos, y se han hecho conscientes de la presencia curativa de Dios en la comunidad confesante de aquellos que se atreven a buscar su curación.

Todo esto no quiere decir que las personas entregadas a servicios ministeriales o los sacerdotes deban, explícitamente, proclamar sus propios pecados y faltas desde el púlpito, o en la práctica de su ministerio diario. Eso sería enfermizo e imprudente, nunca una forma de servicio de liderazgo. Quiere decir que los sacerdotes y los entregados al ministerio están llamados a formar parte de sus comunidades plenamente,

que la comunidad tiene que responsabilizarse también de ellos, que necesitan su afecto y apoyo, y que están llamados a ejercer su ministerio con todo su ser, incluyendo en esa realidad la parte herida.

Estoy convencido de que los sacerdotes y personas entregadas a la labor ministerial, especialmente quienes se relacionan con personas angustiadas y que transmiten esa angustia a los que las tratan, necesitan contar con un lugar seguro para ellos. Necesitan un sitio en el que poder compartir su profunda pena y sus luchas con personas que, sin necesitar de ellos, puedan guiarlos más profundamente todavía hacia el misterio del amor de Dios. Yo, personalmente, me siento afortunado al haber encontrado un sitio así en El Arca, con un grupo de amigos que se preocupan por mis penas, a menudo, ocultas, y me ayudan a mantenerme fiel a mi vocación por medio de su crítica amistosa y de su apoyo lleno de cariño. Quisiera que todos los sacerdotes y personas dedicadas al ministerio pudieran contar también con un lugar tan seguro.

III
DEL GUIAR AL SER GUIADO

LA TENTACIÓN: TENER PODER

Os hablaré ahora de una tercera experiencia que he vivido al trasladarme de Harvard a El Arca. Fue, claramente, un cambio el de dirigir a ser dirigido. De alguna manera, había llegado a la conclusión de que hacerme viejo y madurar como persona significaba automáticamente para mí un crecimiento en mi capacidad de liderazgo. De hecho, con los años, me había ido haciendo consciente del progreso de la seguridad en mí mismo. Sentía que sabía algo y que tenía la habilidad para expresarlo y ser escuchado. De alguna forma, me sentía cada vez con más poder.

Pero, cuando entré en la comunidad de los disminuidos y de sus auxiliares, todo mi poder se vino abajo, y me di cuenta de que todas las horas, días y meses estaban llenos de sorpresas —a menudo, sorpresas para las que no estaba, en absoluto, preparado—. Si estaba de acuerdo o no con mi sermón, 'Bill no esperaba al final de la misa para decírmelo. Las ideas lógicas no recibían una respuesta lógica. A menudo, las personas respondían desde unas posiciones muy profundas, haciéndome ver que lo que decía o hacía tenía muy poco que ver, si es que tenía algo, con lo que ellos vivían. Sus sentimientos y emociones no podían ser contenidos en hermosas palabras y argumentos convincentes. Cuando las personas tienen una capacidad intelectual pequeña, dejan que sus corazones —sus corazones llenos de amor, sus corazones irritados, sus corazones anhelantes—, hablen directamente, y, a menudo, de forma sencilla. Sin darme cuenta, las personas con las que vivía me hicieron saber hasta qué punto mi liderazgo seguía siendo un deseo de dominar situaciones complejas, emociones confusas, y espíritus angustiados. Me llevó tiempo sentirme seguro en ese ambiente impredecible, y todavía vivo momentos en los que me siento atrapado en mis viejos modos, y digo a todos que se callen, que piensen, que me escuchen, y que crean lo que les digo. Pero, también, me he ido haciendo consciente del misterio de que el liderazgo significa, en gran parte, ser guiado.

Descubro que estoy aprendiendo muchas cosas nuevas, no solamente acerca de las penas y dificultades de las personas heridas, sino, también, sobre sus gracias y dones únicos. Son mis maestros en temas como la alegría y la paz, el amor, la inquietud y la oración, cosas que nunca he podido aprender en ninguna academia. Me han enseñado también lo que nadie ha podido enseñarme hasta ahora sobre el dolor y la violencia, el miedo y la indiferencia. La mayoría de ellos me ofrecen un destello del amor primero de Dios, a menudo, en momentos en los que empiezo a sentirme deprimido y desanimado.

Todos conocéis cuál fue la tercera tentación de Jesús. Fue la tentación del poder. «Te daré todos los reinos de este mundo y su esplendor», dijo el demonio a Jesús.

Cuando me pregunto qué es lo que fundamentalmente ha motivo a tantas personas a abandonar la Iglesia, en las pasadas décadas, en Francia, Alemania, Holanda y, también, en Canadá y en Norteamérica, la palabra «poder» me viene en seguida a la mente. Una de las mayores ironías de la historia de la Cristiandad es la de que sus líderes caen constantemente en la tentación del poder —poder político, militar, económico o moral y espiritual—, aunque siguen hablando en nombre de Jesús, que no se aferró a su poder divino, sino que se hizo uno de nosotros. La tentación de considerar el poder como

un instrumento apto para la proclamación del Evangelio es la mayor de todas. Estamos oyendo que se dice, y también se nos dice, que tener poder —siempre que ese poder se ponga al servicio de Dios y de los hombres— es una cosa buena. Con este argumento, se emprendieron las cruzadas; se organizaron las inquisiciones; los indios fueron esclavizados; se desearon puestos de gran influencia; se construyeron palacios episcopales, espléndidas catedrales e impresionantes seminarios; y, en todo ello, se dio una manipulación de la conciencia. Siempre que nos enfrentamos a una crisis importante en la historia de la Iglesia, como el Cisma del siglo XI, la Reforma en el XVI, o la inmensa secularización en el XX, vemos que la causa fundamental de la ruptura es el poder ejercido por los que proclaman ser seguidores de Jesús, pobre y sin poder alguno.

¿Qué es lo que hace que la tentación del poder parezca tan irresistible? Quizá el que el poder haga de sustitutivo fácil de la difícil misión de amar. Parece más fácil ser Dios que amar a Dios; más fácil dominar a las personas que amarlas; más fácil poseer la vida que amarla. Jesús pregunta: «¿Me amas?» Nosotros preguntamos: «¿Podemos sentarnos a tu derecha y a tu izquierda en el Reino?» (Mt 20,21). Desde que la serpiente dijo «...en el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal» (Gn 3,5), hemos sufrido la tentación de reemplazar el amor por el poder. Jesús vivió esta tentación de la forma más agónica, desde el desierto hasta la cruz. La historia de la Iglesia, larga y llena de penalidades, es la historia de un pueblo continuamente puesto en la tentación de elegir el poder en vez del amor, de ser líder en vez de dejarse guiar. Los que resisten a esta tentación, y, por eso, nos llenan de esperanza, son los santos.

Una cosa veo clara: que la tentación del poder es mucho mayor cuando la propia intimidad se vive como una amenaza. Una gran parte del liderazgo cristiano es ejercido por personas que no saben cómo desarrollar unas relaciones sanas, íntimas y, para llenar ese vacío, han optado por el poder y el dominio. Muchos constructores del «imperio cristiano» han sido personas incapaces de dar y recibir amor.

EL RETO: "OTRO TE CONDUCIRÁ"

Volvamos, de nuevo, la vista a Jesús. Después de haber preguntado a Pedro tres veces si le amaba más que los demás, y después de haberle confiado tres veces pastorear su rebaño, dijo de una manera muy enfática:

«Te aseguro que
cuando eras más joven,
tú mismo te ceñías el vestido
e ibas adonde querías;
mas, cuando seas viejo,
extenderás los brazos
y será otro quien te ceñirá
y te conducirá adonde no quieras ir.» (Jn 21,18)

Estas palabras fueron las que hicieron posible el cambio de Harvard a El Arca. Tocan al corazón mismo del liderazgo cristiano, y fueron pronunciadas para ofrecernos, en todo momento, nuevas vías por las que dejar de lado cualquier tipo de poder y seguir el humilde camino de Jesús. El mundo dice: «De

joven, eres una persona dependiente y no puedes ir adonde quieres. Pero, cuando te hagas mayor, serás capaz de tomar tus propias decisiones, seguir tu camino, y dominar tu propio destino». Jesús tiene una visión distinta de la madurez: es la capacidad y la voluntad de dejarte llevar adonde no quisieras ir. Inmediatamente después de que a Pedro se le confiara la misión de ser el pastor del rebaño, Jesús le enfrenta con la dura verdad de que el líder-servidor es el líder conducido a lugares desconocidos, no deseados y penosos. El camino del líder cristiano no es el ascendente en el que se ha empeñado tanto nuestro mundo, sino el descendente, que termina en la cruz. Esto puede sonar a morboso y masoquista, pero, para los que han oído la voz del primer amor y han dicho «sí», el camino descendente de Jesús es el camino del gozo y de la paz de Dios, gozo y paz que no son de este mundo.

Aquí estamos tocando la cualidad más importante del líder cristiano del futuro. No es un liderazgo de poder y dominio, sino de ausencia de poder y humildad, en el que el sufriente servidor de Dios, Jesucristo, se hace presente. Evidentemente, no me estoy refiriendo a un liderazgo psicológicamente débil, en el que el líder cristiano sea una víctima pasiva de la manipulación del medio. No, me estoy refiriendo al liderazgo en el que el poder es constantemente abandonado en favor del amor. Es el verdadero liderazgo espiritual. La ausencia de poder y la humildad en la vida espiritual no hacen referencia a personas invertebradas y que abandonan las decisiones en manos de los demás. Se refieren más bien a las personas que aman tan profundamente a Jesús que están preparadas para seguirle adonde las guíe, confiando siempre en que, con él, encontrarán vida, y la encontrarán en abundancia.

El líder cristiano del futuro necesita ser radicalmente pobre, haciendo el camino sin nada, salvo un cayado. «...ni pan, ni zurrón, ní dinero en la faja» (Mc 6,8). ¿Qué tiene de bueno ser pobre? Nada, salvo que nos ofrece la posibilidad de ser líderes dejándonos guiar. Dependeremos de las respuestas positivas o negativas de aquellos con los que hacemos el camino, y, de esa forma, seremos guiados verdaderamente hacia donde el Espíritu de Jesús quiera conducirnos. El bienestar y las riquezas nos impiden el auténtico discernimiento del camino de Jesús. Pablo escribe a Ti- moteo: «Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones y trampas, y se dejan dominar por deseos insensatos y funestos, que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición». (I Tim 6,9). Si hay algún tipo de esperanza para la Iglesia en el futuro, ésta será para una Iglesia pobre en la que sus líderes se dejen guiar.

LA PRÁCTICA: LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA

¿Cuál es, después de todo lo que he dicho, la práctica que se exigirá al líder que quiera vivir con las manos siempre abiertas? Os propongo una: la de una profunda reflexión teológica. De la misma forma que la oración nos hace continuar unidos al primer amor, y que la confesión y el perdón mantienen nuestro ministerio en los límites de una labor común y mutua, de la misma manera, una fuerte reflexión teológica nos permitirá discernir, de forma crítica, hacia dónde somos guiados.

Pocos sacerdotes, o personas entregadas a servicios ministeriales, piensan de una manera teológica. Muchos de ellos han sido educados en un clima en el que las ciencias del comportamiento, como la psicología y la sociología, dominaban de tal modo el medio educacional que han aprendido poca teología. La mayor parte de los líderes cristianos actuales se plantean problemas psicológicos o sociológicos, aunque los formulen en los términos de las Sagradas Escrituras. El verdadero pensamiento teológico, que es pensar con la mente de Cristo, es difícil de encontrar en la práctica del hombre

entregado al servicio ministerial. Sin una sólida reflexión teológica, los líderes del futuro serán un poco más que pseudopsicólogos, pseudosociólogos, o pseudotrabajadores sociales. Pensarán que se han convertido en personas con ciertas capacidades, animadores, modelos de determinados roles, imágenes de padres o madres, hermanos o hermanas mayores, o algo parecido, y, de esa forma, se sentirán unidos a los incontables hombres y mujeres que se ganan la vida intentando ayudar al prójimo a desenvolverse en medio de las presiones y tensiones de su vida diaria.

Pero esto tiene poco que ver con el liderazgo cristiano, porque el líder cristiano piensa, habla y actúa en nombre de Jesús, que vino al mundo para librar a la humanidad del poder de la muerte y abrirle el camino de la vida eterna. Para ser un líder así, es esencial ser capaz de discernir, en cada momento, cómo actúa Dios en la historia humana, y cómo los acontecimientos personales, los vividos en la pequeña comunidad, lo mismo que los que tienen lugar a nivel nacional e internacional, y que suceden a lo largo de nuestras vidas, nos pueden hacer más y más conscientes de los caminos a los que somos llevados por la cruz y, pasando por la cruz, a la resurrección.

La misión de los futuros líderes cristianos no es contribuir humildemente a la solución de las penas y tribulaciones de su tiempo, sino identificar y anunciar los caminos por los que Jesús está guiando al pueblo de Dios, liberándolo de la esclavitud, cruzando el desierto hacia la nueva tierra de la libertad. Los líderes cristianos tienen la difícil tarea de responder a los conflictos personales y familiares, a las calamidades nacionales, y a las tensiones internacionales, con una fe articulada en la presencia real de Dios. Tienen que decir «no» a toda forma de fatalismo, derrotismo, accidentalismo e incidentalismo que hacen creer a las personas que las estadísticas nos dicen la verdad. Tienen que decir «no» a toda forma de desesperación en la que la vida humana es vista como una pura cuestión de buena o mala suerte. Tienen que decir «no» a todos los intentos sentimentales de hacer que las personas desarrollen un espíritu de resignación o de indiferencia estoica frente a lo ineludible del dolor, el sufrimiento y la muerte. Es decir, tienen que decir «no» al mundo secular, y proclamar en términos clarísimos que la encarnación de la Palabra de Dios, por medio de la cual todo ha sido hecho, ha convertido el más mínimo acontecimiento histórico en un «kairós», es decir, en une oportunidad de ser guiados a lo hondo en el corazón de Cristo. Los líderes cristianos del futuro tienen que ser teólogos, personas que conozcan el corazón de Dios, y que estén preparadas, por medio de la oración, el estudio y un análisis cuidadoso, para manifestar la tarea salvadora de Dios en medio de los acontecimientos aparentemente fortuitos de nuestro tiempo.

EXCELENTE DEFINICIÓN

La reflexión teológica consiste en meditar sobre las penosas y gozosas realidades de cada día con la mente de Jesús y, de ese modo, hacernos conscientes de que Dios nos guía con cariño. Es una disciplina dura, puesto que la presencia de Dios es una presencia escondida, que necesita ser descubierta. Los ruidos fuertes, tempestuosos del mundo nos dejan sordos para escuchar la voz suave, amable y amorosa de Dios. El líder cristiano está llamado a escuchar esa voz y a ser animado y consolado por ella.

Pensando en el futuro del liderazgo cristiano, estoy convencido de que ha de ser un liderazgo teológico. Para que esto sea así, tienen que cambiar mucho las cosas en los seminarios y escuelas de teología. Deben ser centros en los que las personas se preparen para un verdadero discernimiento de los signos de nuestros tiempos. No puede ser solamente una preparación intelectual. Esa preparación exige una formación espiritual profunda, que abarque a toda la persona, cuerpo, alma y corazón. Creo que somos

conscientes sólo a medias de hasta qué punto se han secularizado incluso las escuelas de teología. Una formación de acuerdo con el pensar de Cristo, que no se dejó arrastrar por la tentación del poder, sino que, por el contrario, se vació de sí mismo, tomando la forma de esclavo, no es el estilo de formación que se da en la mayoría de los seminarios. Todo, en nuestro mundo competitivo y ambicioso, está en contra de estas ideas. Pero en la medida en que esta formación sea tenida en cuenta y llevada a cabo, en esa misma medida habrá alguna esperanza para la Iglesia del próximo siglo.

CONCLUSIÓN

Voy a tratar de resumir. Mi traslado desde Harvard a El Arca me hizo consciente de hasta qué punto mi propio pensamiento sobre el liderazgo cristiano se había visto afectado por el deseo de sentirme importante, el de la popularidad y el del poder. A menudo, miraba el hecho de ser importante, o popular y poderoso, como ingrediente de un ministerio efectivo. La verdad, sin embargo, es que esas no son llamadas, sino tentaciones. Jesús pregunta: «¿Me amas?» Él nos envía como pastores, y promete una vida en la que, cada vez más, debemos extender nuestros brazos para ser llevados adonde no queramos. Nos pide que cambiemos la preocupación de ser importantes, por una vida de piedad; la popularidad, por un trabajo ministerial llevado a cabo en comunidad y de forma mutua; y la de un liderazgo construido sobre el poder, por la de otro en el que juzguemos con sentido crítico hacia dónde nos lleva Dios a nosotros y a aquellos con los que trabajamos en nuestro ministerio pastoral.

Las personas de El Arca me están enseñando nuevos caminos. Soy un poco lento a la hora de aprender. Es difícil desprenderse de antiguas formas de pensar y hacer que en otro tiempo fueron válidas. Pero, cuando pienso en el líder cristiano del próximo siglo, creo firmemente que estoy aprendiendo el camino de quienes menos pensaba que podían enseñarme. Espero y pido a Dios que lo que estoy aprendiendo en mi nueva vida sea algo que no solamente tenga valor para mí, sino que os ayude también a vosotros a ha- ceros una idea de lo que debe ser el líder cristiano del futuro.

Lo que he dicho no es, evidentemente, nada nuevo, pero espero y pido a Dios que hayáis comprendido que la visión más antigua y tradicional del líder cristiano aspira a realizarse en el futuro.

Os dejo con la imagen del líder que tiene los brazos tendidos y escoge el camino descendente. Es la imagen del líder que ora, el líder vulnerable y que genera cónfianza. Ojalá esta imagen llene vuestros corazones de esperanza, valor y confianza, para que podáis anticiparos al siglo próximo.

EPÍLOGO

Una cosa fue escribir estas reflexiones, y, otra, presentarlas en Washington D.C. Cuando Bill y yo llegamos al aeropuerto de Washington, nos llevaron al Hotel Clarence, en Crystal City, una zona de rascacielos modernos, con escasas diferencias entre ellos, todos de cristal y situados en la misma orilla del río Potomac en la que está el aeropuerto. Bill y yo nos sentimos impresionados por la atmósfera deslumbrante del hotel. Nos dieron a los dos habitaciones con dos camas, cuartos de baño con muchas toallas y televisión por cable. En la mesa de la habitación de Bill, había una cesta con fruta y una botella de vino. A Bill, le encantó todo. Como era un gran aficionado a ver la televisión, se instaló cómodamente en su amplia cama y dio un repaso a todos los canales con el mando a distancia.

Pero, en seguida, se hizo la hora de anunciar nuestra buena nueva. Después de una deliciosa cena buffet en uno de los salones, decorado con estatuas doradas y pequeñas fuentes, Vincent Dwyer me presentó al auditorio. En aquel momento, no sabía todavía lo que significaba que Bill y yo «hiciéramos las cosas juntos». Empecé diciendo que no había venido solo, y que me sentía muy contento por la compañía de Bill. Después, abrí el texto manuscrito y empecé a hablar. En aquel momento, vi cómo Bill abandonaba su sitio, se acercaba hasta el podio y se colocaba a mi derecha. Estaba claro que tenía una idea mucho más concreta que yo de lo que significaba «hacerlo los dos juntos». Cuando terminaba de leer una página, la recogía y la ordenaba en una mesita que tenía a su lado. Me tranquilicé al ver la actitud de mi compañero, y empecé a sentir la presencia de Bill como un apoyo. Pero Bill tenía algo más en su mente. Cuando empecé a hablar de la tentación de convertir las piedras en panes, me interrumpió y dijo en voz alta para que le oyera todo el mundo: «Eso lo he oído anteriormente». Efectivamente, era así, y lo que quería decir realmente a los sacerdotes y demás personas dedicadas a servicios ministeriales que me estaban escuchando era que me conocía muy bien y que estaba muy familiarizado con mis ideas. Pero para mí fueron una cordial advertencia de que mis ideas no eran tan nuevas como yo quería que pensaran mis oyentes. La intervención de Bill creó una atmósfera distinta en la sala, más distendida, menos tensa, más gozosa. De alguna manera, Bill había desinflado de seriedad el acontecimiento y había introducido en él una dosis de normalidad. A medida que avanzaba en la exposición, iba sintiendo, cada vez más, que aquello lo estábamos haciendo realmente entre los dos. Y me sentí a gusto.

Cuando empecé la segunda parte y leí la frase «que la pregunta que más hacen los disminuidos con los que vivo era: ¿vas a estar por la noche en casa?», Bill me interrumpió de nuevo y dijo: «Es cierto, es lo que siempre pregunta John Smeltzer». De nuevo, se produjo una situación de distensión ante esta observación de Bill. Conocía a John Smeltzer muy bien después de haber vivido con él durante bastantes años. Con su aclaración, intentaba sencillamente que los presentes supieran algo de su amigo. Fue como si atrajera al auditorio hacia nosotros, invitándole a la intimidad de nuestra vida en común.

Cuando acabé de leer el texto, y los oyentes hicieron ver lo que les había gustado, Bill me dijo: «Henri, ¿puedo decir algo?» Mi primera reacción fue decirme a mí mismo: «Bueno, ¿y qué hago yo ahora? Puéde empezar a divagar, creando una situación embarazosa». Pero, después, me atreví a pensar que no tendría nada importante que decir. Rogué a los oyentes que me atendieran: «Por favor, ¿podéis sentaros un momento? Bill quisiera deciros algunas palabras». Bill cogió el micrófono y dijo, con todas las dificultades de su expresión oral: «La última vez, cuando Henri fue a Boston, llevó consigo a John

Smeltzer. Esta vez ha querido que yo viniera con él a Washington, y estoy muy contento de encontrarme aquí con vosotros. Muchas gracias». Fue todo, pero ellos se pusieron en pie y le tributaron un cariñoso aplauso.

Cuando abandonamos el podio, Bill me dijo: «Henri, ¿te ha gustado lo que he dicho?» «Mucho», le contesté. «Todo el mundo se ha sentido encantado con lo que has dicho». Bill estaba en la gloria. Cuando los oyentes se reunieron para tomar un refresco, se le notaba más relajado que nunca. Se fue acercando a las personas una por una, se presentó y les contó muchos detalles sobre su vida en Daybreak. No pude verle más de una hora. Estaba demasiado ocupado saludando a todo el mundo.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, antes de abandonar el hotel, Bill fue de mesa en mesa, con su taza de café en las manos, y se despidió de todos los que había conocido la noche anterior. Yo veía palpablemente que había hecho muchos amigos y se había sentido como en su casa en el ambiente que le rodeaba, para él tan extraño.

En nuestro vuelo de regreso a Toronto, Bill levantó su mirada de un libro, un puzzle de palabras que llevaba siempre consigo, y me dijo: «Henri, ¿te ha gustado el viaje?» «Mucho», le respondí. «Ha sido un viaje maravilloso, y estoy encantado de que hayas venido conmigo». Bill me miró con mucha atención y luego me dijo: «Y lo hemos hecho entre los dos, ¿no es cierto?» Fue entonces cuando me di cuenta del significado profundo de las palabras de Jesús: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». (Mt. 18,20). En años anteriores, había dado clases, predicado sermones y pronunciado conferencias y discursos yo solo. A menudo, me preguntaba cuánto de lo que yo había contado se recordaría. Ahora caí en la cuenta de que, casi con seguridad, mucho de lo que yo había dicho se habría borrado para siempre de la memoria de mis oyentes, pero lo que Bill y yo habíamos hecho juntos no sería olvidado tan fácilmente. Espero y pido a Jesús, que nos envió a los dos juntos, y ha permanecido con nosotros durante todo el viaje, que se haya hecho realmente presente a todos los que se reunieron en el Hotel Clarendon, en Crystal City.

Cuando aterrizamos, le dije a Bill: «Bill, muchas gracias por haber venido conmigo. Ha sido un viaje maravilloso y, lo que hicimos, lo hicimos los dos juntos en nombre de Jesús». Y estaba totalmente convencido de lo que decía.

INDICE

«A todos aquellos a quienes corresponderá en el futuro la responsabilidad de las comunidades cristianas no les bastará con ser personas honradas, bien preparadas, deseosas de ayudar a sus hermanos... Para el liderazgo cristiano del futuro es de vital importancia la mística de la teología, de tal manera que cuanto se diga, todo consejo que se dé y toda estrategia que se desarrolle procedan de un corazón que conoce íntimamente a Dios.» El autor sugiere en esta obra nuevos caminos de reflexión y nuevas líneas de espiritualidad para los responsables de las comunidades cristianas del futuro.

Henri J. M. Nouwen (1932-1996) nació en los Países Bajos, donde se ordenó sacerdote. Enseñó en diversas universidades norteamericanas. Más tarde se trasladó a la comunidad del Arca de Daybreak (Toronto). Otras obras del mismo autor en esta colección: *El Regreso del Hijo Pródigo*, *«Tú eres mi amado»*, *Tres etapas en la vida espiritual*, *Signos de vida*, *El sanador herido*, *La voz interior del amor*, *«¿Puedes beber este cáliz?»*, *Oraciones desde la Abadía* y *Un ministerio creativo*.

05CSA0006

ISBN 84-288-1148-2

47006

9 788428 811484

PPC